

que transcurren las jornadas de montaña, si es como decimos incompleto.

La intelectualidad y eficiencia científica se encuentra en la madurez de personas que no pueden por sí realizar excavaciones ni exploraciones dada su avanzada edad por regla general y lo que hace falta es alguien que recorra y examine sobre el terreno. ¿Quién mejor que el montañero que sin nadie obligarle, él por su iniciativa recorre lo necesario?

Por eso puede decirse que es una fuerza inaprovechada que sin desviarla por otros derroteros y sin desvirtuarla lo más mínimo se puede aprovechar, ya que un montañero no va a encontrar empañadas sus ilusiones porque incrementa su cultura geológica y aprenda a valorar los terrenos, examinando aquellos que encuentre de interés y de paso en su recorrido, sino muy por el contrario, pronto verá la magnificencia de esta afición a la que si no quiere darse de lleno, con que

le dedique su atención simultánea al camino que recorre, ya basta. Si además se interesa por la espeleología, mucho mejor y en aquellas cuevas y grutas que encuentre a su paso, puede penetrar para aportar con su colaboración una ayuda a los que por no tener quien realice esto, tienen que hacer deducciones teóricas no comprobadas por la aparición de fósiles o documentos megalíticos que existen sí pero ignorados, acerca de la Prehistoria y los remotos antecesores de nuestra raza.

Aprovechemos pues la ocasión que se nos ofrece de colaborar para el esclarecimiento de las grandes cosas que tiene la Ciencia Natural, en la seguridad de que jamás habremos de arrepentirnos, sino muy por el contrario, cada día será más grande nuestra ilusión.

MIGUEL BENGOA
Del C. D. «Oberena».

ALDEA MUERTA

*A la derecha de la gran carretera, el sendero mular
deja la ciudad y los campos de trigo,
sigue por los matorrales y más lejos
se pierde en el verde pinar,
luego vuelve al descubierto de un llano
y de súbito se detiene delante de las casas
de una pequeña aldea vacía y abandonada.*

Oh!, qué tristeza!

*Incluso las piedras tienen una apariencia triste.
Bajo un cobertizo, un montón de heno
esparcido al pie de una escalera.
Una silla rota, el mango de una pala,
algunas cáscaras de huevos, y sobre una ventana entreabierta
dos o tres tiestos rotos, una lata con una flor.
Sobre una puerta, una cruz de madera olvidada,
y la hierba creciendo, ahora, en medio del sendero
y sobre los peldaños de la Iglesia.*

Ningún rumor.

*Vecina a la sombra de los álamos, corre el agua
en una acequia llena de hierba y la fuente
parece un lodazal.
El grito de una rana me sobresalta.
En el aire se nota el calor
de una tormenta de verano que se aleja
buscando otros cielos.
Así mismo, la pobre gente,
como las nubes empujadas por el viento,
deja su aldea por la ciudad.*

GIOVANNI CALCHERA
Sección Aosta del Club Alpino Italiano.

Traducción de Jorge A. Gavín.